



Imagen tomada de
shotdeck.com

ONE BATTLE AFTER ANOTHER

Título original: One Battle After Another

Título en Latinoamérica: Una batalla tras otra

Año: 2025

Duración: 161-162 minutos (aprox.)

País: Estados Unidos

Dirección: Paul Thomas Anderson

Música: Jonny Greenwood

Género(s): Acción / Thriller / Drama / Comedia Negra

Disponibilidad (streaming / digital): Max, Apple TV

DG. MATEO TERÁN GUERRERO

One Battle After Another

“Hay películas que parecen
hechas para sostenernos un
espejo incómodo.”

“

Una batalla tras otra es una de ellas.

”

Paul Thomas Anderson convierte la sátira política en una tragicomedia contemporánea donde el caos social se disfraza de espectáculo, y la risa se mezcla con la incomodidad.

En su centro está Bob (*Leonardo DiCaprio*), un idealista agotado que atraviesa un país fracturado buscando a su hija desaparecida, Willa. Lo que podría haber sido una historia íntima se amplía hacia una crítica feroz a los sistemas de poder, el clasismo y la supremacía que sigue operando bajo nuevas máscaras. Todo ocurre entre dos mundos: la resistencia (esa mezcla de minorías, rebeldes e inconformes) y el sistema, encarnado en un grupo supremacista que se autodenomina *Christmas Adventure Club*, un nombre tan absurdo como inquietante.

Anderson articula esta tensión a través de una puesta en escena precisa, *casi coreográfica*. Cada secuencia está construida como un contraste visual: la opulencia artificial frente a la precariedad colorida de los rebeldes; los túneles subterráneos donde se esconde la ideología supremacista frente a los paisajes abiertos que representan la búsqueda de libertad. Los colores, los vestuarios y los encuadres refuerzan esa dualidad constante entre control y caos.

Imagen tomada de
shotdeck.com

Imagen tomada de
shotdeck.com

Una batalla tras otra no sermonea; **provoca.**

La película encuentra un extraño equilibrio entre el drama y el humor negro. DiCaprio logra un personaje profundamente humano, que alterna el idealismo con la torpeza y el sarcasmo. En contrapunto, Perfidia, una rebelde contradictoria que traiciona sus propios ideales y Lockjaw, el militar obsesionado con el poder, encarnan las zonas grises del deseo y la corrupción moral. Incluso los personajes secundarios, como Sergio (Benicio del Toro), ese vecino sereno que parece sostener el mundo desde su calma, terminan por dar textura al relato.

*Entre persecuciones, falsas lealtades y encuentros improbables, **Una batalla tras otra** se sostiene en el detalle visual: el diseño de los espacios, las texturas, el movimiento en carretera y la fotografía que oscila entre lo cálido y lo árido.*

La escena final, en una carretera ondulante que vibra al ritmo de una música casi anacrónica, resume la esencia del filme: una montaña rusa emocional donde el paisaje se vuelve metáfora del desequilibrio social.

Sin renunciar al humor, Anderson logra una película que funciona como fábula política y como espejo afectivo. **Una batalla tras otra no sermonea; provoca.** Nos recuerda que todos habitamos esa tensión entre resistir o adaptarnos, entre luchar o seguir la corriente. Y lo hace con la elegancia de quien entiende que, a veces, las guerras más duras no se libran en el frente, sino dentro de nosotros mismos.



WEAPONS

Título original: Weapons

Título en Latinoamérica: La hora de la desaparición

Año: 2025

Duración: 128 minutos

País: Estados Unidos

Dirección: Zach Cregger

Música: Ryan Holladay, Hays Holladay, Zach Cregger

Género(s): Horror / Misterio / Thriller (sobrenatural)

Disponibilidad (streaming / digital): Max



Imagen tomada de
impawards.com



Imagen tomada de
shotdeck.com

DG. MATEO TERÁN GUERRERO

WEAPONS

“ En *Weapons*, el terror no llega de golpe: se teje.

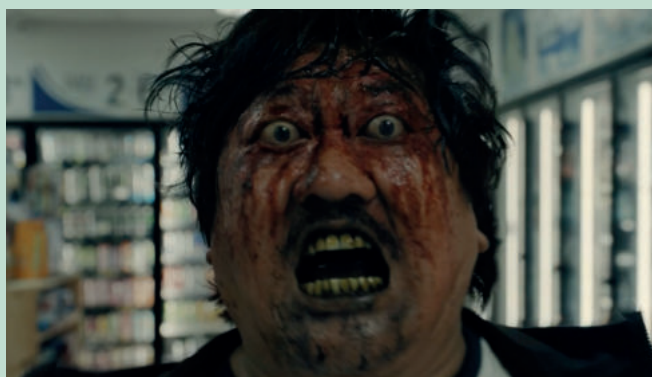
”

Hace mucho no aparecía una película de suspenso capaz de sostener su tensión a través de una narración tan cuidadosamente construida. Zach Cregger, quien ya había explorado los códigos del horror contemporáneo (*Barbarian* 2022) propone aquí un relato en el que cada personaje aporta una pieza a un rompecabezas mayor. No hay un protagonista único, sino un conjunto de figuras humanas, contradictorias, llenas de grietas y asuntos pendientes. ***Es justamente esa humanidad la que mantiene la historia vibrando*** incluso más allá del miedo.

Visualmente, *Weapons* juega con un tono frío, desolado y cotidiano. Su estética combina lo doméstico con lo inquietante: la luz del día no disipa el terror, sino que lo hace más palpable. Los espacios del pequeño pueblo, las texturas apagadas y la composición de los planos sostienen una atmósfera tensa sin recurrir al cliché de la oscuridad constante. Hay secuencias memorables que mantienen la respiración contenida sin necesidad de un susto evidente.

La película se organiza en capítulos, cada uno centrado en un personaje, lo que refuerza esa idea de fragmentos narrativos que poco a poco van encajando. Es una estructura que seduce a cualquier mente, cada parte es un plano, una pieza que adquiere sentido cuando se observa el conjunto.

Entre los muchos aciertos está Gladys, un personaje que ya parece destinado a quedar en la cultura pop del terror contemporáneo. Su aspecto (el cabello naranja, las gafas grandes, el labial corrido) parece sacado de una ilustración grotesca. La actriz logra un equilibrio hipnótico entre lo perturbador y lo cómico, convirtiéndola en un **ícono visual** tanto como narrativo. Su vestuario, sus gestos y la forma en que el color y el sonido la acompañan hacen de ella un referente visual fascinante para el imaginario.



Más allá del terror, *Weapons* deja espacio a la interpretación. Algunos leen su título como una crítica al fácil acceso a las armas en Estados Unidos; otros, como una metáfora sobre la pérdida de inocencia y la violencia latente en la niñez. Sea cual sea la lectura, el mérito de Cregger está en no cerrarla, en dejar huecos que el espectador debe llenar.



Weapons logra algo poco común: combinar un relato fragmentado, personajes verosímiles y un universo visual preciso. No se apoya en el susto, sino en la composición. Y ese es, quizá, su mayor logro: demostrar que el terror también puede diseñarse.

*Imagen tomada de
shotdeck.com*

the Help

Título original: The Help

Título en Latinoamérica: Vidas Cruzadas

Año: 2011

Duración: 146 minutos

País: Estados Unidos

Dirección: Tate Taylor

Música: Thomas Newman

Género(s): Drama / Histórico / Social

Disponibilidad (streaming / digital):

Disney+, Amazon Prime, Netflix



Imagen tomada de
impawards.com

DG. MATEO TERÁN GUERRERO

THE HELP

“

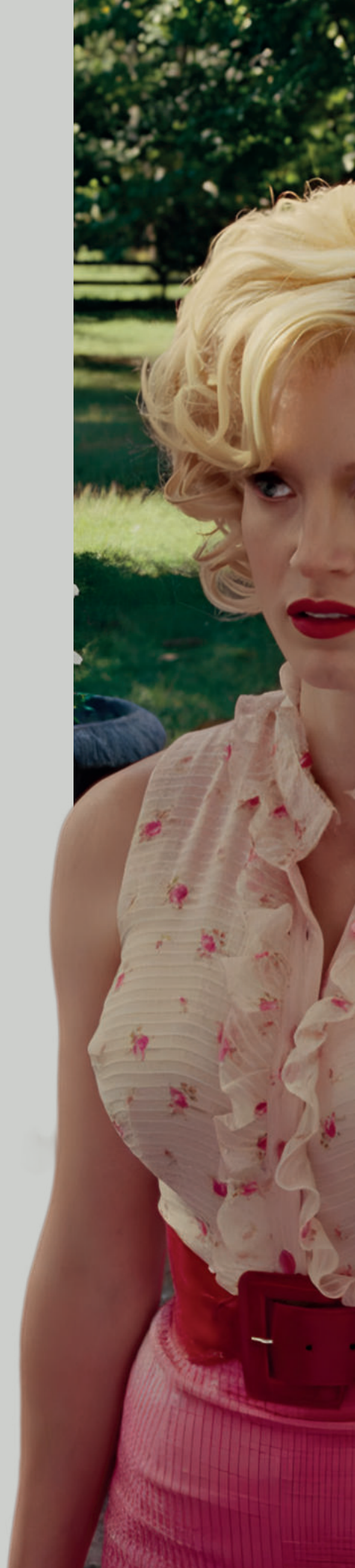
Hay películas que, más que contarnos una historia, nos dejan pensando en cuánto hemos cambiado, o en cuánto creemos haberlo hecho.

”

Ambientada en el Misisipi de los años sesenta, la película sigue a Skeeter (Emma Stone), una joven que aspira a convertirse en escritora y que, al regresar a su pueblo natal, empieza a notar las grietas en la aparente normalidad sureña. Decide entrevistar a las empleadas domésticas afroamericanas de las familias blancas para recopilar sus historias, entre ellas Aibileen (Viola Davis) y Minny (Octavia Spencer). Lo que empieza como un ejercicio periodístico se convierte en un acto de resistencia: dar voz a quienes habían sido silenciadas por generaciones.

El reparto es, sin duda, uno de los mayores aciertos de la película. En el momento de su estreno, ni Emma Stone ni Viola Davis tenían el reconocimiento internacional que hoy poseen, y sin embargo su química, junto con la fuerza de Octavia Spencer y la sensibilidad de Jessica Chastain, hace que *cada escena respire autenticidad*. Son mujeres de distintas edades y orígenes, pero unidas por la necesidad de decir lo que no se decía.

A nivel visual, Vidas Cruzadas construye una atmósfera cálida y luminosa, casi engañosa. La fotografía y el diseño de vestuario evocan la estética de época con una perfección que seduce, mientras el guion revela que bajo esos vestidos color pastel y esas cocinas relucientes habita una estructura social profundamente desigual. Esa tensión entre la belleza del entorno y la crudeza de la situación es lo que mantiene viva la historia.





Lo interesante es que la película no se centra tanto en la lucha política directa, sino en sus repercusiones cotidianas: los pequeños gestos, las jerarquías domésticas, los silencios impuestos. Las criadas que crían hijos ajenos mientras sus propios hijos crecen en su ausencia; las mujeres blancas atrapadas en la apariencia y el protocolo; los hombres tan lejanos. Todo se sostiene sobre una idea de obediencia que hoy podemos reconocer en otros escenarios, con otros nombres.

Imagen tomada de
shotdeck.com



Imagen tomada de
shotdeck.com

Revisitar la película más de una década después permite trazar un paralelo inquietante. Han pasado décadas, cambian las leyes, cambian las formas, pero muchas estructuras de poder y prejuicio siguen mutando sin desaparecer. Lo que antes se disfrazaba de etiqueta social, hoy adopta nuevas caras.

Aun con su tono a veces meloso (esa dulzura que recuerda al pay de chocolate que Minny prepara como venganza y alivio), *Vidas Cruzadas* encuentra su fuerza en el acto de narrar. Contar una historia se vuelve un gesto de dignidad, un modo de existir ante lo que oprime. ***“Gracias por contarme eso”***, dice Celia Foote, uno de los personajes; y esa frase parece resumir el espíritu de la película: cuando alguien se atreve a hablar, algo cambia.

La música refuerza ese espíritu entre la melancolía y la esperanza, acompañando los matices emocionales sin sobrecargar. Todo está en equilibrio: el tono, la luz, el ritmo narrativo. Pero lo que permanece, más allá de su estética impecable, es su eco: una invitación a repensar cuánto de aquel pasado sigue filtrándose en nuestras dinámicas actuales.

Quizás por eso deja ese ***“buen sabor de boca”*** del que hablábamos: no porque endulce la historia, sino porque nos recuerda que incluso desde la fragilidad, el relato, la palabra dicha, escrita, compartida, puede ser una forma de cambio.



Vidas Cruzadas se instala justo en ese lugar incómodo entre la nostalgia y la conciencia, entre el encanto del relato bien contado y la punzada de lo que todavía persiste.



Imagen tomada de
shotdeck.com

sharp objects

Título original: Sharp Objects

Título en Latinoamérica: Heridas abiertas

Año: 2018

Duración: 8 episodios (55 min. aprox. cada uno)

País: Estados Unidos

Dirección: Jean-Marc Vallée

Música: Varios Artistas

Género(s): Drama / Misterio / Thriller psicológico

Disponibilidad (streaming / digital): Disponible en Max

Noviembre, 2025

MJD



Imagen tomada de
impawards.com

DG. MATEO TERÁN GUERRERO

Sharp Objects

“ Más que un thriller, *Heridas abiertas* es una exploración de las marcas que dejamos y las que nos dejan.

”

A primera vista, *Heridas abiertas* podría parecer un thriller más. Pero lo que la convierte en una experiencia distinta es su capacidad para llevarnos hacia un terreno **emocionalmente denso**, donde la tensión no proviene tanto del misterio como de las cicatrices que deja el pasado.

Camille Preaker (Amy Adams) es una periodista que regresa a su pueblo natal para cubrir el asesinato de una niña y la desaparición de otra. Sin embargo, lo que debería ser una investigación periodística se convierte en un viaje hacia la raíz de su propio dolor. A medida que intenta descifrar el caso, el relato abre lentamente los pliegues de una infancia fracturada, de una familia marcada por la manipulación, la negación y la culpa.

Wind Gap, el escenario del relato, se presenta como un pequeño pueblo sureño de aparente calma y belleza, pero esa imagen se agrieta pronto. Bajo la luz cálida y la atmósfera casi nostálgica que captura la fotografía, se revela una comunidad que respira hipocresía y control. Cada personaje parece cargar con una máscara: todos mienten, todos esconden algo. Y la serie, más que buscar culpables, **se detiene en los silencios**, en los rituales sociales, en la forma en que el daño se transmite de generación en generación.



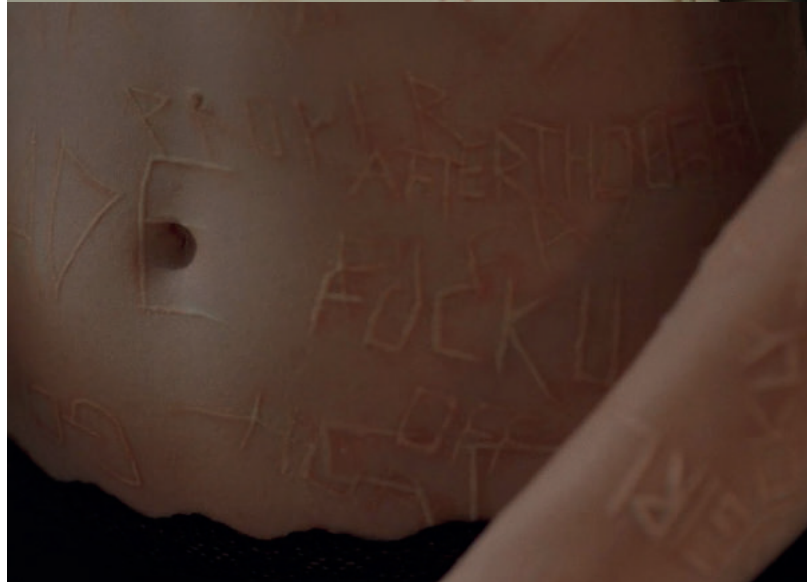
Imagen tomada de
shotdeck.com

En el centro de esa maraña emocional está la familia de Camille: su madre Adora, una mujer que parece protectora, pero ejerce una autoridad fría y asfixiante; y Amma, la hermana adolescente que oscila entre la dulzura y la perversidad. Este triángulo de mujeres da cuerpo a una de las relaciones familiares más complejas vistas en televisión. Adora representa el control disfrazado de cuidado; Camille, la herida abierta que intenta suturarse a través del trabajo y el alcohol; Amma, la consecuencia de ambas.

La serie se construye con un ritmo pausado, casi hipnótico. Cada plano está pensado para sugerir más de lo que muestra: los reflejos en los espejos, los fragmentos de recuerdos, las palabras grabadas en la piel. Es una narrativa de capas, donde la violencia se expresa con sutileza y la belleza convive con lo perturbador.

El trabajo sonoro también juega un papel esencial. Cada episodio tiene una selección musical que refleja el estado emocional de Camille: temas que parecen venir del pasado, cargados de melancolía y disonancia.

En su aparente oscuridad, la serie encuentra belleza: en los planos suspendidos, en los silencios, en la complejidad de sus personajes. Es una experiencia que exige paciencia y atención, pero que recompensa con una revelación brutal y poética a la vez.





Imágenes tomadas de
shotdeck.com

Heridas abiertas nos obliga a mirar de frente las heridas invisibles: la salud mental, la autoagresión, la dependencia emocional, la búsqueda desesperada de aceptación. Pero no desde el morbo, sino desde la sensibilidad. Es una historia que duele y, al mismo tiempo, fascina por la delicadeza con la que está narrada.

Más que un thriller, *Heridas abiertas* es una exploración de las marcas que dejamos y las que nos dejan. De cómo la infancia se filtra en la adultez. De cómo, a veces, sanar también implica volver a mirar lo que intentamos olvidar.

